

# NO TENDRÁS SED JAMÁS

Cómo encontrar satisfacción plena  
en un mundo muerto de sed

STEVE HOPPE



EDITORIAL  
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

*Para papá. Te veré pronto.*

---

Publicado originalmente en inglés por The Good Book Company con el título *Sipping Saltwater*, © Steve Hoppe/The Good Book Company, 2017. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *No tendrás sed jamás*, © 2020 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Nohra Bernal

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en el texto bíblico son énfasis del autor.

Este libro incluye muchos ejemplos. Algunos nombres y detalles que hacen posible la identificación de las personas han sido cambiados con el fin de proteger la confidencialidad.

EDITORIAL PORTAVOZ  
2450 Oak Industrial Drive NE  
Grand Rapids, Michigan 49505 USA  
Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-5893-4 (rústica)  
ISBN 978-0-8254-6792-9 (Kindle)  
ISBN 978-0-8254-7614-3 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 29 28 27 26 25 24 23 22 21 20

*Impreso en los Estados Unidos de América  
Printed in the United States of America*

# CONTENIDO

Sed	7
1. Nuestra sed persistente	11
2. La bebida de nuestra elección	19
3. El ciclo de agua salada	29
4. Agua viva	39
5. Fuentes de agua	49
6. Saciado	59
7. Dios-basura-regalo	69
8. Dinero	73
9. Sexo	83
10. Control	95
11. Comodidad	105
12. Ajetreo	115
13. Gente	125
14. Comida	135
15. Obras	145
Una breve nota acerca de papá	157
Gracias...	159



# SED

*“Agua, agua por todas partes,  
ni una gota para beber”.*

Samuel Taylor Coleridge, *The Rime of the Ancient Mariner*  
[Balada del viejo marinero]

“Prepárense para chocar”.

Esas fueron las últimas palabras que se oyeron en el Green Hornet. En la primavera de 1943, el avión de combate de la Segunda Guerra Mundial y sus once tripulantes salieron en una misión de rescate sobre el océano Pacífico. Después de recorrer aproximadamente 320 kilómetros, el avión perdió sus dos motores izquierdos, se precipitó en espiral descendiente hacia el mar y estalló en el impacto.

En el Green Hornet se encontraba Louie Zamperini, una celebridad nacional de la época. Louie había llegado octavo en la carrera de los 5.000 metros en los Juegos Olímpicos de Berlín, y se había pronosticado que correría la primera milla en menos de cuatro minutos. ¿La buena noticia? De algún modo, Louie sobrevivió ileso al impacto. ¿La mala noticia? Se encontraba a la deriva en el océano más grande del mundo. Y nadie sabía que estaba allí.

Durante los 47 días a la deriva en el Pacífico, Louie enfrentó desafíos extremos. Su piel quemada por el sol se llenó de ampollas

y la sal le produjo llagas. Sus labios inflamados presionaban con fuerza contra su nariz y su mentón. Por la falta de alimento perdió casi un kilo de peso al día. Para colmo de males, dos enemigos lo perseguían. El primero venía de debajo de él: una bandada de tiburones de casi cuatro metros que se divertían frotando sus lomos contra su frágil balsa inflable. El segundo venía de arriba: los japoneses. Después de semanas de flotar a la deriva, uno de sus aviones divisó a Louie. Le dispararon a su balsa. De algún modo, fallaron el blanco.

A pesar de estos y otros desafíos que amenazaban la vida de Louie, quizás la mayor amenaza para su supervivencia venía de su interior.

*Sed.*

¿Sed? ¿Cómo era posible? Todo lo que veía a su alrededor era agua. Agua fría, fresca, cristalina. Parecía agua potable, se sentía como agua potable e incluso sonaba como agua potable. ¿Cómo era posible que sufriera de sed?

Louie estaba rodeado por 165 millones de kilómetros cuadrados de *agua salada*. Y no podía tomar un solo sorbo de ella.

Si Louie hubiera bebido el agua del mar que tenía a su alrededor, ¿qué le habría sucedido? Primero, el agua salada habría secado sus mucosas y lo habría dejado más sediento que antes. Segundo, habría experimentado la peor resaca de su vida. Habría sufrido de diarrea explosiva, un violento dolor de cabeza, calambres musculares, mareo, boca seca, vómito, aumento de la presión arterial y de la frecuencia cardíaca, falla renal, alucinaciones, coma, insuficiencia en todos sus órganos, daño cerebral continuo e irreparable. Al final, beber agua salada lo habría matado.

Louie resistió las ansias de beber agua del Pacífico. Y sobrevivió. No sin gran esfuerzo. Pero sobrevivió.

¿Por qué empiezo con esta historia?

Porque, a diferencia de Louie, *nosotros bebemos agua salada*.

Algunas personas la beben a tragos. La mayoría tomamos pequeños sorbos sin darnos cuenta.

Y de eso se trata este libro...



# I. NUESTRA SED PERSISTENTE

Mi padre falleció mientras yo escribía este libro.

Al reflexionar en sus 67 años de vida hay algo que sobresale. No es su inteligencia, que era excepcional. No es su agudo sentido del humor que fascinaba a las personas dondequiera que iba. No es su larga lista de logros profesionales, que su humildad le impidió revelar. No es su buen aspecto, carisma ni encantadora capacidad de autocrítica. Si bien estos fueron rasgos característicos de mi padre, hay uno que sobresale por encima de todos los demás.

    Mi padre era alcohólico.

    Por desdicha, en mis recuerdos de mi padre predominan una serie de sucesos, experiencias, situaciones, imágenes, olores y sonidos directamente ligados a su problema de cuarenta años con el alcohol. Recuerdo cuando intentó entrenar a mi equipo de baloncesto, pero estaba demasiado ebrio para driblar. Recuerdo cuando intentó pichear en un juego de liga menor de béisbol, pero estaba demasiado ebrio para lanzar la pelota. Recuerdo cuando se fracturó la pierna en las afueras de su oficina de abogados en Chicago después de una caída, por ebriedad. Recuerdo el olor penetrante a cerveza y Listerine que me daba a entender que llegaba de la oficina. Recuerdo el murmullo sutil en su voz que presagiaba otra noche de pelea entre él y mamá. Recuerdo cómo lloraba en

mi habitación cuando mamá en su desesperación le imploraba a mi papá que buscara ayuda. Recuerdo que él insistía en que no la necesitaba. Recuerdo sus frecuentes pero vanas promesas de cambio. Recuerdo que me sentía constantemente confundido, decepcionado, triste y avergonzado por ser hijo de un alcoholíco.

Recuerdo muchas cosas. Un puñado de cosas buenas. Y muchas malas. En mis años de infancia y adolescencia yo no lograba comprender por qué mi padre bebía tanto. Era un apuesto y brillante graduado de la Ivy League que trabajaba como abogado para una de las firmas legales más prestigiosas en Chicago. Tenía una esposa abnegada y tres hijos saludables a quienes amaba y que lo amaban mucho. Vivía en una hermosa casa en las afueras de la ciudad y tenía más dinero de lo que necesitaba. Ante todo, era un tipo realmente simpático. Todo el mundo lo quería. Todo el mundo. Sin embargo, bebía al terminar cada día de trabajo, bebía sin parar una cerveza tras otra hasta quedar completamente ebrio. Cada día. Sin falta.

Con el tiempo lo perdió todo. Perdió el trabajo de sus sueños y una serie sucesiva de trabajos que poco a poco eran inferiores en prestigio y en salario. Perdió a su esposa, que se divorció de él después de dieciocho años de matrimonio. Perdió a sus hijos y se vio obligado a aceptar el rol de padre de fines de semana y nada más. Perdió su hermosa casa de los suburbios y terminó en un sórdido apartamento de una sola habitación en la zona deprimida de un pueblo cercano. Perdió decenas de miles de dólares. Perdió un sinnúmero de relaciones. Perdió su dignidad. Perdió su reputación. Lo perdió todo.

Y aun así, seguía bebiendo.

¿Por qué?

### **Sed de un paraíso**

¿Por qué mi padre bebía tanto? ¿Por qué eligió deliberadamente tomar una cerveza tras otra cuando conocía las terribles con-

secuencias de cada sorbo? ¿Por qué estuvo dispuesto a seguir consumiendo una sustancia que estaba arruinando su vida? ¿Por qué papá prefería la cerveza por encima de todo lo que tenía valor para él?

La respuesta automática es simple: adicción. Mi padre era adicto al alcohol. Empezó a beber en la universidad como una válvula de escape del estrés, siguió bebiendo para hacer frente a los desafíos del matrimonio y la paternidad, y con el tiempo se volvió adicto. La adicción se apoderó de su mente, de su cuerpo y de su alma. Lo dominaba por completo. Y él dejó que lo dominara.

Sin embargo, esta explicación no es suficiente. ¿Por qué? Limitarse a etiquetar a mi padre como un adicto no revela la raíz de su problema. Apenas rasguña la superficie. Hay una razón más interna y profunda por la cual él eligió beber en un principio y seguir haciéndolo aun después de perderlo todo. Empieza con una palabra.

*Sed.*

Mi padre tenía sed. No me refiero a una sed física por beber cerveza. Esa sed no era física. Era espiritual. Aunque él no era consciente de ello, mi padre tenía sed de algo más de lo que la cerveza podía ofrecer. Más de lo que este *mundo* podía ofrecer. Algo más satisfactorio. Algo más poderoso. Algo más gratificante, refrescante y reconfortante. Algo que pudiera llenar el vacío agobiante en su corazón. Algo que pudiera traer paz a su agitada alma. Algo que pudiera librarlo de su vacío existencial.

Algo celestial.

Mi padre tenía sed de un paraíso. Trató de apagarla con cerveza, pero esa solución era inviable.

En el libro de Eclesiastés, la Biblia habla acerca de esta sed de un paraíso. Allí, el autor dice que Dios “ha puesto eternidad en el corazón” del hombre (Eclesiastés 3:11). En otras palabras, Dios nos ha creado a todos con un anhelo incesante de un mundo perfecto y eterno. Un mundo de amor, bienestar y belleza sin límites.

Un mundo en el cual nunca se agoten las sonrisas, las risas o el juego. Un mundo en el que nuestros cuerpos permanezcan fuertes, nuestras mentes se conserven lúcidas y nuestros corazones se mantengan puros. Un mundo sin peleas, temores o fracasos. Un mundo sin enfermedad. Un mundo sin heridas. Un mundo donde *nada* duela. Un mundo de placer sin medida y de gozo infinito.

Un mundo que no podemos obtener abriendo una cerveza.

Nacemos sedientos de un mundo que está más allá de este. Estamos sedientos de un paraíso. Mi padre lo estaba. Todos lo estamos.

No obstante, esto supone un problema.

Nuestro mundo *no es* un paraíso. Nuestros trabajos son estresantes, agotadores e insatisfactorios. Nuestras relaciones son conflictivas. Nos enfermamos de cáncer. Nos fracturamos huesos, vomitamos y nos da hemorroides. Nos sentimos nerviosos, temerosos, enojados y molestos. Sucede el holocausto. Sucede un 11 de septiembre con ataques terroristas. Hay pobreza, genocidio y hambrunas. Terroristas activan bombas. Nuestros autos se estrellan. Los libros son una tarea increíblemente ardua. Pasamos años sin hablar con nuestros parientes. El divorcio divide a las familias. Huracanes, tsunamis y terremotos destruyen el planeta. El amor se marchita. La paz mundial es una imposibilidad trillada. Nos salen arrugas, granos, manchas y calvas. Rara vez sonreímos. Pocas veces reímos. Casi nunca nos relajamos y jugamos. Nuestras mentes nos fallan. Nuestros corazones duelen. Siempre ansiamos más.

Al final morimos.

El mundo tal como lo conocemos no tiene nada de paradisiaco.

¿Por qué? ¿Por qué no encontramos un paraíso por ninguna parte?

### **El paraíso perdido**

La respuesta se remonta al primer libro de la Biblia, el libro de Génesis. En Génesis capítulo 2 encontramos el paraíso original: el

huerto de Edén. También encontramos el dinámico dúo desnudo de Adán y Eva, los primeros habitantes de este paraíso.

En el huerto, Adán y Eva gozan de un privilegio único. Se les permitió vivir con Dios. Pueden hablar directamente con Él, oír su voz audible y experimentar cada gramo de placer que Él provee. Son compañeros de habitación con Dios. Su hogar es el cielo sobre la tierra. Para siempre.

Existe una sola regla. Una sencilla restricción en su dieta. Dios les dice que no pueden comer de un árbol, del árbol del conocimiento del bien y del mal. ¿Por qué no? Un mordisco de su fruto les daría un nivel mayor de conocimiento que llevaría a la independencia de Dios en lugar de dependencia de Él. Si Adán y Eva comían de ese fruto, Dios les había advertido que serían despojados de su vida eterna en el paraíso. Se les prometió muerte.

Acto seguido, el diablo, disfrazado de serpiente, entra en la escena y engaña a Eva.

No moriréis... sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal (Génesis 3:4-5).

La serpiente llama a Dios un mentiroso. Le dice a Eva que no morirá si ella come del fruto prohibido. De hecho, le promete que será como Dios si le da un mordisco. Y Eva pica el anzuelo. Muerde el fruto y su esposo accede cuando ella le ofrece.

¿Cuál es la respuesta de Dios? Él los castiga. Le dice a Eva que tener hijos será doloroso y que el matrimonio será una lucha de poder. Luego dice a Adán que su trabajo como agricultor será agotador. La tierra será maldita, su cuerpo será inadecuado y trabajará hasta el día de su muerte, momento en el cual volverá al polvo del cual fue tomado (Génesis 3:16-19).

Sin embargo, lo peor de todo es que son expulsados del paraíso.

Después que Adán y Eva comen del fruto prohibido, Dios los arroja del paraíso. Para jamás regresar. Para nunca vivir en el

hogar que Dios quiso darles originalmente. Para nunca experimentar el gozo, la belleza, el deleite y la satisfacción que Él quería para ellos. Fueron desterrados del paraíso y sentenciados a morir apartados de Dios.

Y nosotros también. También hemos sido desterrados del paraíso. Tú lo has sido. Al igual que yo. Todos hemos sido desterrados.

### **El mismo equipo**

¿Por qué hemos sido desterrados del paraíso?

Estamos en el mismo equipo de Adán y Eva. Somos tan codiciosos como ellos. Somos tan egocéntricos como ellos. Somos igual de rebeldes. Somos igualmente pecadores. De hecho, hemos heredado su naturaleza pecaminosa. Estamos dominados por las pasiones de nuestros corazones egocéntricos. Seguimos nuestra sabiduría defectuosa. Hacemos lo que no deberíamos y no hacemos lo que deberíamos. Despreciamos a nuestro cónyuge, irrespetamos a nuestros padres e ignoramos a nuestros hijos. Engañamos en nuestros impuestos, diezmos y tarjetas de horario de trabajo. Somos pasivo-agresivos, profanos y orgullosos. Olvidamos dar gracias, nos negamos a sacrificar y somos un desastre amando. Pertenecemos al equipo de Adán y Eva de los rebeldes contra Dios.

Así que enfrentamos la misma consecuencia que ellos. Hemos sido desterrados de la presencia de Dios, destituidos del huerto metafórico. En lugar de vivir con Él cara a cara en una euforia eterna, estamos separados de Él en este mundo, un mundo lleno de sufrimiento y caos.

El paraíso no aparece por ninguna parte.

### **Crisis en Michigan**

Entendí con dolor que la vida es *todo* menos un paraíso durante mi primer año en la Universidad de Michigan.

A simple vista, mi vida era increíble. Me encontraba en la institución académica de mis sueños en un programa de ingeniería de primer nivel. Vivía en unas dinámicas residencias mixtas con un grupo de compañeros centrados y alegres. Tenía una novia en una universidad cercana a quien veía cada dos semanas. Pertenecía a una fraternidad de primera categoría. Ese año, mi universidad había ganado el campeonato nacional tanto de fútbol americano como de hockey. A todas luces, yo *debía* ser feliz.

Sin embargo, en lugar de eso sufrí un colapso nervioso.

Una semana después de mi llegada a la universidad, me invadió una ansiedad inexplicable. Desde el instante que me despertaba hasta el momento que me acostaba en mi cama, sentía como si tuviera nueve tazas de café en mi cuerpo. Sentía un bombardeo de pensamientos. Mi corazón latía con fuerza. Rara vez lograba dormir. Los ataques de pánico eran rutinarios. Me volví paranoide, cuestionaba obsesivamente la fidelidad de mi novia sin razón. En varias ocasiones, tuve que abandonar las sesiones de estudio en grupo porque quedaba empapado en sudor de los nervios. Con el tiempo apareció la depresión. Pasé muchas noches recorriendo el campus llorando. Me sentía solo en mi cabeza disfuncional.

Decidí buscar ayuda. Durante el receso del Día de Acción de Gracias me reuní con una psicóloga. Ella escuchó con atención y me enseñó algunos ejercicios de respiración que fueron útiles. Pero la ansiedad no disminuyó. En el receso de Navidad vi a una psiquiatra. Ella me formuló una fuerte dosis de antidepresivos y me hizo muchas preguntas acerca de mi vida sexual. Ni los medicamentos ni la charla sobre el sexo ayudaron.

Regresé a la universidad para mi segundo semestre y todo empeoró. De repente, el salón de clases se volvió estresante. Me volví ansioso de estar ansioso, lo cual solo me puso más ansioso. No podía comer ni dormir. Me sentía atrapado. Quería escapar.

¿A dónde?

No tenía idea. ¿A un lugar sin ansiedad? ¿A un lugar donde no

me sintiera paralizado y loco interiormente? ¿A un lugar donde no pareciera distante y raro exteriormente? ¿Donde yo fuera mentalmente estable? ¿Donde no experimentara más palpitaciones, dolores de cabeza ni episodios de sudor descontrolado? ¿Donde las personas me aceptaran? ¿Donde el nerviosismo, el llanto y la paranoia no existieran? ¿Un mundo sin sufrimiento?

Aunque no lo hubiera expresado de ese modo, yo estaba sediento de un paraíso.

Y Dios me lo estaba ofreciendo. Él me ofrecía una bebida que *saciaría* mi sed de un paraíso perdido. Una bebida que habría saciado la sed de mi padre. Una bebida que saciará la tuya. Una bebida que satisface no solo tu cuerpo sino tu alma. Más pura, preciosa, potente y agradable que cualquier cosa que este mundo pueda ofrecer. Una bebida que Dios me ofrece cada día. Que te ofrece a ti cada día. Que ofrece a todos los que quieran beberla. *A todos.*

Sin embargo, neciamente rechacé el ofrecimiento. Busqué saciar mi sed en otro lugar. Bebí algo diferente. Tomé una bebida diferente.

¿Qué bebida tomé? Lee y lo descubrirás...